

Madrugó don Buso
Una mañanita,
Por tierra de moros
A buscar amiga, etc.

Así también entre los cantares, recogidos al comenzar del siglo XVI por nuestros escritores de *música*, aquel tan bello y delicado, de que volveremos á hacer mención, que comienza:

Yo me yua, mi madre,
A Villarreal:
Errára el camino
En fuerte logare, etc.

Pero estos romancillos de seis y siete sílabas sólo toman incremento, en nuestro juicio, á fines del siglo XV, siendo muy cultivados en el XVI por los poetas doctos, quienes ensayan también la asonancia, sometiéndola á la misma ley, en los versos de cinco sílabas. Por esta razón, aunque del todo no están fuera del cuadro que en esta *Ilustración* trazamos, no nos hemos detenido á considerarlos, cual formas tan genuinamente populares como el *romance* octosílabo, del cual decía el clásico Salinas: «Hispaniae copulae, sic enim vocantur quae dicuntur *artis regiae* (de arte real), octo syllabarum omnium usitatissimae, narrandis historiis et fabulis aptissimae: qualis illa (lib. VI, pág. 307):

Canta tú, cristiana musa,
A cauallo vá Bernardo, etc.

Et in historicis:

ILUSTRACION V ¹.

SOBRE LOS REFRANES, CONSIDERADOS COMO ELEMENTO DEL ARTE.

SU INFLUENCIA EN LA POESIA POPULAR.

I.

Cuando después de examinar cómo pierde el idioma del Lacio su antiguo predominio sobre la muchedumbre, quedando reducido á la categoría de lengua muerta, nos paramos á considerar el constante empeño de las hablas vulgares por apoderarse de todos los elementos de cultura preexistentes á las mismas, no puede menos de llamar nuestra atención lo que fueron y debieron ser en aquella remota edad los *refranes*, *adagios*, *verbos*, *palabras*, *retraeres*, *enxemplos*, *fabiellas*, *proloquios* ó *proverbios* del vulgo (que con todos estos nombres fueron durante la edad media designados). Bajo tres diferentes aspectos se ofrecen al estudio de la crítica: 1.º bajo la relación de la lengua: 2.º bajo la de la forma artística: 3.º bajo la de la doctrina. En todas estas relaciones se halla interesada la historia de las letras, porque en todas descubrimos abundantes vestigios del camino, que estas hicieron desde el momento en que la poesía popular formula los

¹ Dimos á luz en la revista de Berlín que lleva el título de: *Jahrbuch für Romanische und englische literatur* (número perteneciente á los meses de octubre á diciembre de 1859) el presente estudio, haciendo constar que correspondía á este segundo tomo de la I.ª Parte de la *Historia Crítica*. La expresada revista, grandemente estimada en toda Europa, aparece bajo la dirección del muy entendido don Fernando José de Wolf, tantas veces citado.

cantos del pueblo, rudo é ignorante, hasta el en que llegan á ser patrimonio de los eruditos los medios de expresion, adoptados de la suerte que hemos manifestado ya, por el mismo vulgo.

No caeremos nosotros, sin embargo, en la tentacion de considerar los refranes como única fuente de las formas poéticas, teoría que por ser excesivamente ambiciosa, ha perdido su importancia, quedando olvidada y tal vez desdeñada de los escritores modernos: expúsola el benedictino Sarmiento ¹, atendiendo sin duda á la estimacion que en el *Diálogo de las lenguas* les dió Juan de Valdés, al señalarlos cual verdadera piedra de toque de la propiedad de la castellana; mas si lo mejor que tienen los refranes respecto de este punto, es ser nacidos del vulgo y criados entre las viejas tras del fuego, segun la expresion del celebrado marqués de Santillana, primero que atiende á recoger aquél esparcido tesoro ², no se olvide que ese vulgo y esas viejas necesitaban indefectiblemente algun tipo ó modelo á que ajustarse, al dar forma á las máximas, avisos y sentencias consignados en los refranes, y que ese tipo existia en la tradicion, acariciado por la muchedumbre y recibido cual herencia, digámoslo así espiritual, de sus mayores. Pero ya que no como único principio de la metrificación, debe fijarse la vista en este precioso elemento de cultura como en espejo, donde se refleja y retrata la forma de la poesia popular de la misma suerte y con igual fuerza que se contempla la lengua, sirviendo una y otra de intérprete legítimo á la experiencia y buen sentido del pueblo. Bajo este triple punto de vista merecen pues señalado lugar los refranes españoles en la investigacion de los orígenes de la literatura patria, y no en otro concepto nos toca examinarlos.

Insinuamos en el capítulo XIV de nuestra exposicion histórica, que antes de la formacion de las hablas vulgares habian sido la lengua y metrificación de los eruditos depositarias de los axiomas, sentencias, aforismos y máximas, ya relativos á la religion, ya á

¹ *Memorias para la historia de la poesia*, núm. 404.

² *Obras de don Íñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana, ahora por vez primera compiladas de los códices originales é ilustradas con la vida del autor, notas y comentarios* (Madrid, 1852, pág. 504 y sigs.).

las ciencias y ya á la moral, ofreciéndose todas estas enseñanzas cual fruto de los estudios de los doctos y como vínculo entre la ciencia de estos y la inclinacion instintiva de los populares á mejorar, aun sin el discernimiento debido, la situacion intelectual en que se hallaban. Bien se nos alcanza que la forma del refran ó del adagio es propia de la humanidad, que la trasmite de generacion en generacion como precioso legado, y no podemos olvidar bajo este concepto que hombres tan eruditos como Juan de Mal Lara refieren su origen á la antigüedad más remota, tratando especialmente de los castellanos ¹; pero si bien convenimos en que debió ser el refran la primera fórmula de la ciencia y de la filosofia de todos los pueblos, porque seria absurdo discurrir de otra manera, conviene advertir que al legar una edad á otra estas primicias de la observacion y de la experiencia, parece imponerle la obligacion de mejorar y aun perfeccionar su forma, título que únicamente podia legitimar el usufructo. No otra cosa sucede respecto de la antigüedad griega y latina, por más que el autor del *Diálogo de las lenguas* intente sostener que los refranes que tienen por medio de expresion aquellos idiomas «fueron nacidos entre personas doctas y estan celebrados en libros de mucha doctrina».

El refran, siempre popular, nace donde quiera que el instinto de la propia conservacion toma por maestra á la experiencia; crece entre el vulgo, como fórmula natural del raciocinio, en que sustituye la memoria al arte ó hábito de pensar; perpetúase en el pueblo, cual genuina expresion del comun asentimiento, rectificando los errores é ilustrando y dirigiendo la opinion de la muchedumbre, y llega por último á constituir á la ancianidad en cierta manera de sacerdocio y magisterio, rodeándola de la doble aureola de la virtud y de la ciencia. Próxima al sepulcro, obra en la vejez con mayor fuerza el instinto de la conservacion; y ya que no puede resistirse al convencimiento de su fin cercano, aspira á transmitir á la juventud todo el caudal costosamente allegado en la escuela del mundo, para que mientras bendiga su me-

¹ *Philosophía vulgar*, preámbulo I, Sevilla, 1568.

moria, evite los peligros de la vida ó ponga en práctica las lecciones de su larga experiencia.

Eslabonadas así las primeras nociones adquiridas por la humanidad; confirmado una y otra vez el juicio de cada pueblo sobre lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo útil y lo dañoso, lo necesario y lo superfluo; recogida y conservada la doctrina en la forma que más satisface la razon y se acomoda á la no cultivada memoria, viene el momento en que levantándose las letras y las ciencias á nuevas regiones, revisten de más vistosas galas cuanto se mostraba antes desnudo de artificio y sin otro ornato que la sencillez de la verdad que lo avalora. De esta manera los refranes, á que segun recuerda Juan de Mal-Lara ¹, llamó Aristóteles «reliquias de la antigua sabiduria», nacen, se transmiten y perfeccionan en el suelo de Grecia y Roma, como habian nacido y se habian perfeccionado entre los pueblos orientales, conforme nos enseñan las Sagradas Escrituras ².

Pero elevadas las letras de griegos y latinos á la cumbre de su esplendor, acrecentaban los adagios su precio con las preseas de una dición tan esmerada como exacta, y entraban en el comer-

¹ *Philosophia vulgar*, preámb. II.

² Esta misma ley reconocen indudablemente los proverbios en todos los pueblos, ya los consideremos en la India, ya entre los hebreos y caldeos, ora entre los persas y los árabes, ora entre los griegos y los romanos. Designados en la Biblia con el nombre de *משל*, *maschál*, apellidados por los árabes con el de *مَثَل*, *mistlon*; recibiendo entre los moradores del archipiélago helénico el de *παροιμία*, *paroimia*, y llevando entre los latinos los de *adagium* y *proverbium*, tienen en todas partes el mismo origen y desenvolvimiento. En España, si bien expondremos adelante cómo y por qué senda llegan á apoderarse de las formas, con que han venido á nuestros días, no podían aparecer de distinto modo: así lo demuestra, demás de otras muchas razones filológicas, el título de *refran*, que ha persistido sobre cuantos llevaron en la edad media. La voz *refran*, que en sentir de doctos humanistas nace inmediatamente del *referant* latino, indica la *relacion*, referencia ó trasmision de una máxima ó dicho que tiene por objeto el provecho inmediato del individuo que lo repite, y que dictado por el anhelo de la propia conservacion busca (refiriendo) en el ejemplo ajeno salutífera enseñanza. Idéntico uso tuvieron el *adagio* latino (quasi circum agium) y los proverbios de los referidos pueblos.

cio de los eruditos, que los celebraron en sus obras, ora exponiendo simplemente su valor, ora ilustrándolos con doctos comentarios. Mas no por haberse alterado las formas exteriores se adultera la esencia de la doctrina atesorada en los refranes, que ilustrados y expuestos ya por los filósofos y poetas, se aplican de nuevo al uso constante de la vida. «Aunque las proposiciones que el vulgo tiene (decia Mal-Lara) sean de lo más íntimo de la *philosophia*, llamáronse vulgares, por dadas ya al vulgo y puestas en vocablos rescebidos y entendidos comunmente, en tal manera que no es menester oír aquello de la boca del mismo maestro» ¹. Así pues, lejos de nacer entre las personas doctas, como el autor del *Diálogo de las lenguas* supone, brotaron los refranes de griegos y romanos en el seno del pueblo, y embellecidos luego por brillantes formas literarias, volvieron á ser patrimonio de la muchedumbre, pasando de edad en edad á las más remotas generaciones.

No por otro sendero se propagan y connaturalizan entre los pueblos de la edad media, hundida ya en lastimosa decadencia la gran literatura que reconocia su tronco y raiz en el cantor de Aquiles. Consérvase entre los doctos la forma, de que llegaron á revestirse en la época de su mayor brillo, como se guarda y comunica de una en otra edad la memoria del arte producido por la antigua civilizacion, cuyos lejanos resplandores se iban debilitando poco á poco hasta perderse absolutamente para el vulgo; pero no concibiéndose por los que se preciaban de eruditos otra autoridad que la conocida por el tiempo, ni otra razon que la escudada en nombres respetables, llegábase al extremo de poner bajo la égida de la antigüedad todo linaje de sentencias, máximas y aforismos, filiándolos principalmente bajo los nombres de Caton y de Séneca. Los *Disticos* del primero que dejamos ya mencionados ², y los *Proverbios* del segundo, de que en lugar oportuno daremos mayor noticia, recogiendo todo lo más notable que en moral, en política y aun en religion poseia la edad media, ya proviniese de griegos y latinos, ya fuera hijo de la civilizacion

¹ *Philosophia vulgar*, preámb. I.

² Cap. XIV.

crisiana, fueron pues el depósito y como el arsenal, adonde los entendidos acudian para tomar lecciones de esa filosofía práctica, hija del natural instinto de la conservación, discípula de la experiencia y maestra de la vida.

Mas llegado el instante en que la literatura latino-eclesiástica desarrolla en un sentido propio las formas artísticas, pro hijadas por ella desde la época de Yuvenco y de Prudencio ¹, no solamente aspiran los eruditos á enriquecer con el fruto de su observación y experiencia aquellos estimados repertorios, sino que someten á nueva forma así las máximas y avisos derivados de la antigüedad como los debidos á sus propias especulaciones. Penetraba este deseo en las escuelas, creadas en medio de la oscuridad de aquellos siglos para conservar la tradición de los estudios; y mientras Juan de Milan acopiaba en su *Medicina Salernitana* cuantos principios de aquella ciencia habia dado por buenos el comun asentimiento de los doctos ², compilábanse por todas partes los proverbios y aforismos tomados de las demás ciencias, ó ya exornados con las nuevas galas de la poesía latino-eclesiástica, se fiaban desde la juventud á la memoria como uno de los más preciados tesoros de las letras.

Ni dejaron tampoco los adagios, así ataviados por los discretos, de hallar cabida en las obras históricas, prestándoles no poca autoridad con la fuerza de la doctrina; ejemplo que hubo de ser imitado más adelante por los cronistas que escribieron en las lenguas romances. Su utilidad, universalmente reconocida, era en consecuencia el principal título de la estimación que alcanzaron, y el único vehículo que los llevaba de generación en generación, aclimatándolos en cada comarca con nuevo y especial colorido, conforme á las necesidades de su respectiva cultura y al carácter de sus costumbres.

¹ Véase el cap. V del tomo anterior, y la *Ilustración* II.^a de este volumen.

² Tiraboschi, tomo III, págs. 403 y siguientes; Ginguéné, tomo I, página 126.

II.

Á estas leyes generales aparecen pues sujetos los refranes ó adagios de los doctos en el suelo de la Península Ibérica. No han llegado á la posteridad en el crecido número que fuera tal vez necesario para discernir perfectamente lo que eran y representaron con relación á las ciencias de que se alimentaban; y á pesar de ello, los que se han transmitido á nuestros días nos abren expedito camino para reconocer el íntimo enlace de sus formas y las que ostentaba la poesía latina, exornada ya de las rimas, según dejamos manifestado en la *Ilustración* antes citada ¹.

Recogia estas venerables reliquias, de que dejamos expuestos notables ejemplos, Mossen Pedro Vallés en su copiosa colección de refranes aragoneses y castellanos, que volveremos á mencionar más adelante; y aunque por no haber tenido verdadero propósito artístico, no comprendió en su libro todos los metros empleados en los latinos, bastan sin duda los que nos conserva para comprobar nuestras observaciones. Veamos en efecto los siguientes avisos higiénicos, formulados en versos de diez y seis, quince, catorce, trece y doce sílabas, los cuales llevan la rima en los hemistiquios:

- I. Post pisces nuces, post carnes caseum manduces.
- II. Caseus est sanus, si dat avara manus.
- III. Post prandium dormire, post coenam mille passus ire ².
- IV. Stercus et urina medici sunt prandia prima.
- V. Ubi definit phisicus, incipit medicus:
Ubi definit medicus, incipit clericus.
- VI. Surge, puer, mane si vis vivere sane;
Quia per multum dormire, non potes ad alta subire.

Ó estos de ocho, nueve y once sílabas, no menos dignos de consideración por su estructura rímica:

¹ Págs. 353 y siguientes.

² Este refran fué convertido al castellano del siguiente modo:

Después de comer dormir, é de cenar pasos mill.

Recogiólo en su colección, de que daremos después noticia, Lorenzo Palmireno.